

era obra de papistas, otros que el golpe de mano había sido dispuesto por Sickingen y no pocos adivinaron al verdadero autor, que, por supuesto, hizo el papel de sorprendido. En Worms corrieron voces de que Lutero había sido asesinado, y entonces llegaron á oídos de Alejandro amenazas de que ni en el regazo del emperador estaría segura su vida. Aquellas voces fueron causa de que un admirador entusiasta de Lutero, Alberto Durero, que á la sazón se hallaba en su viaje á los Países-Bajos, escribiera una lamentación conmovedora que todavía se conserva. En ella compara la muerte de Lutero, hombre penetrado de espíritu divino y asesinado alevemente por agentes del Papa, con la muerte del Salvador, causada también por los sacerdotes. Se desprende de las conmovedoras palabras del artista que Lutero le había librado una vez de grandes angustias, según escribió Durero á Spalantino, y en su irritación contra la sede romana llama al pontificado puerta del infierno y se irrita contra la doctrina ciega é inventada de los llamados Padres, contra la codicia de los papas y su fingida aureola de santos, poniendo su última esperanza en Erasmo, al cual dice: «Escucha, caballero de Cristo, monta en tu corcel y cabalga al lado del Señor, protege la verdad y alcanza la corona de los mártires.»

Las notas de Durero no estaban destinadas naturalmente á la publicidad, pero lo que pensó y anotó para sí era la opinión de la nación, y si no lo proclamó él lo proclamaron otros por todo el mundo. El origen y el poder de la opinión pública son una cosa maravillosa; podemos conocer sus manifestaciones aisladas en ciertos casos, y su extensión en otros, pero no se puede señalar nunca el punto de partida de grandes movimientos de los ánimos, ni seguir con claridad su propagación ni su modo de obrar. Hay que tener también presente que una opinión nueva casi nunca llega á dominar sin ser impugnada. Respecto del poder de la corriente anti-romana en los primeros años de la reforma religiosa, hay que confesar que en la literatura alemana es casi abrumador; el número anual de los impresos alemanes se aumenta entre los años de 1518 y 1523 hasta el triple, quíntuple y séxtuple, y Ranke, basándose á la verdad en listas incompletas, dice que en el último año citado más de cuatro quintas partes de las impresiones son de los partidarios de la Reforma, y entre estos corresponde á Lutero el primer puesto. Por esto fué un golpe en el agua el trabajo del emperador para imponer silencio á la opinión pública. El gran editor Gruningen, de Estrasburgo, se excusó ante el público de imprimir escritos luteranos, alegando consideraciones de comercio, y Cochlaeus dice que los impresores entonces no imprimían obras católicas sino muy mal y haciéndolas pagar á peso de oro, mientras imprimían las luteranas con el mayor esmero y á sus propias expensas. Las autoridades toleraban la impresión de esta clase de obras y los vendedores de libros luteranos con sus ventas ocultas hicieron ilusoria la prohibición.

Lutero, cuyas obras de polémica ó edificantes y cuyos sermones y cartas públicas pasaban de un centenar en 1523, y se habían propagado en multitud de idiomas, fué el modelo verdadero de esta literatura y una multitud de otros escritores le ayudaron á defender sus doctrinas acerca del Evangelio. Todavía figuran humanistas entre estos autores y á veces se coloca á Erasmo al lado de Lutero, llamándole, como le llamaba Durero, caballero de Cristo ó haciendo otras comparaciones á veces muy rudas. En una de ellas se le compara con un mozo de tahona y á Lutero con el panadero, porque al lado de los eruditos y doctores, que según escribió Alejandro, se habían transformado de poetas en teólogo-poetas, escribieron entonces hombres laicos del pueblo. Se creía indispensable hablar al pueblo; jamás en todo el curso de

nuestra historia se le había hablado tanto y tan al alma, y el brutal cinismo de aquel lenguaje que hoy nos choca aseguró su poderoso efecto. Aquella época, como dice Guillermo Scherer, es la época varonil de la literatura alemana, en la cual la forma es sierva del contenido y el sentimiento de lo bello desaparece, encargándose la grosería y el estilo rudo popular de cultivar la verdad y la sinceridad. Este antiguo rasgo de la clase media llegó á ser dominante durante la reforma y aun después, y con él se conformaron algunos humanistas en sus polémicas, como Pirkheimer en la que tuvo con Eck y en el *Leviatan* de Murner; mientras por otro lado adquirió derecho de ciudadanía la forma dialogada usada por Erasmo y Hutten. Como es natural, la corriente popular salió vencedora del concurso de tantos esfuerzos literarios eruditos y vulgares; pues lo que se quería era influir en las masas y á la luz de la libertad cristiana se desvaneció rápidamente la aureola del clasicismo literario de reciente origen, pues que en materia de conciencia, aunque extraviada ó engañada, tenían el mismo derecho á hablar el ignorante y el de cortos alcances que el instruido. Lutero mismo había dicho, y sus palabras habían despertado inmenso eco, que así como Jeremías en su tiempo había encontrado en los principales menos inteligencia y razón que en el vulgo y en los legos, «del mismo modo los labradores y los niños entendían á la sazón mejor á Cristo que el Papa, los obispos y los doctores.»

Esta era la confirmación de la creencia muy generalizada de que al pueblo bajo correspondía la misión de la reforma; y en efecto, dominaban todavía en la imaginación del pueblo las ideas astrológicas y apocalípticas que habían originado la idea de aquella misión del vulgo. Al hablar de la guerra de los campesinos tendremos que volver á tratar de la muy notable influencia de tales ideas, que elevó la persona de Lutero á la dignidad de «profeta» alemán, del prometido Elías, desde cuya aparición un partidario entusiasta del reformador propuso que empezase una nueva era, como precursor del Hijo del Hombre que había de venir en las nubes del cielo, águila mística cuyo canto anunciaba la libertad. Miguel Styfel de Suabia, fraile agustino y carácter entusiasta, procuró demostrar en una poesía que Lutero era aquel ángel del Apocalipsis que volaba con el nuevo Evangelio atravesando el cielo. Tales exageraciones no estaban, sin embargo, en el carácter de Lutero (1) ni correspondían á su sencilla grandeza; y así le pinta también el citado poeta agustino al hablar de la actitud y conducta de Lutero en el parlamento de Worms.

Al través de esta singular literatura de escritos volantes que en su mayor parte predicaban en forma de diálogo el triunfo de la palabra divina sobre la sabiduría humana, y del lego simple sobre el clero, auxiliado todo á menudo por grabados en madera muy inteligibles, se observa que el campesino había comprendido los engaños del clero y que estaba dispuesto á proteger el Evangelio (2) aunque fuera en caso necesario con el azadón y otros aperos por arma. La causa de Dios, á la cual habían hecho traición los grandes y los doctores, era defendida por los pequeños y los ignorantes; su defensa era, según decían tales escritos, la misión del pueblo; y á menudo se presentaban los autores como campesinos suizos ó soldados, si bien con mayor frecuencia eran gente del pueblo que defendían la verdad divina y el criterio natural, dialogando á veces entre trago y trago acerca de Lutero y de su carta y de las «bestias anti-cristianas,» á saber,

(1) Ciertamente Lutero tenía bastante talento para no incurrir en estas exageraciones, pero le convenía que el vulgo incurriese en ellas y por eso le adulaba. Quería salvar su persona de todo peligro, y apeló para ello á la revolución. (N. del T.)

(2) Es decir, la causa de Lutero. Véase la nota anterior. (N. del T.)

el clero y los frailes, que llamaban á Lutero hereje. En otro escrito un hombre del pueblo lee á un amigo suyo en la taberna el segundo capítulo de la segunda carta de San Pablo á los tesalonicenses, acerca de los hombres del pecado y del hijo de la condenación, preguntando después á su compañero: «Nicolás, ¿qué tal? ¿te gusta éste? ¿Le conoces?» A lo cual Nicolás responde: «Llévete el diablo, ¿quién puede ser sino el Papa y su imperio?» En otros escritos hay uno ó varios laicos que disputan con un sacerdote ó fraile, perdiendo siempre estos últimos y ganando su contrincante, que suele ser un campesino ó un artesano, tejedor, panadero, zapatero ó sastre, y hasta un alcahuete ó un rufián, que hacen citas de la Biblia y de la historia sagrada y obligan á callar á un obispo. «No es ninguna deshonra hacer calzones,» dice el sastre al cura párroco, que le amonesta que se cuide de su trabajo, y el artesano continúa: «Debláis avergonzaros de haber engañado al mundo y haber conculcado la fe cristiana.» Ocioso es decir que estas polémicas y críticas son á veces excesivamente groseras y sandias, é innumerables son los nombres despreciativos que se dan á los frailes mendicantes. Así como antes eran los amigos y confidentes del pueblo, á la sazón les llamaba tragones inmorales, cerdos cebados por el diablo y otros epítetos peores. El héroe principal y propio de estos escritos era casi siempre el aldeano rústico, con cuya ridícula grosería forman extraño contraste las citas de la Biblia alemanas, latinas y hasta hebreas. Uno de estos aldeanos, un tal Juan Azadon, adquirió especial popularidad, porque en un diálogo de 1520 vence al adversario de Lutero, el ya citado Murner, con sus propios argumentos, y al final echa mano al garrote. Este Juan era la personificación del hombre del pueblo no corrompido, sencillo é ingenuo y por lo mismo superior á los sabios doctores, y que según dice un escrito sabía más la doctrina de Cristo que tres ó más clérigos. En el título de un diálogo de esta clase del año 1521 se dice en muy malos versos: «Cuntz y Fritz poca inteligencia necesitan, y nada les falta para estar convencidos; estos aldeanos, alegres ó tristes, siempre son buenos luteranos.»

No hay que decir que Lutero figura también personalmente en muchos de estos escritos, así como en el auto del cual hemos hablado más arriba, y en una conversación muy original que tienen entre sí los ungüentos y raíces de una botica acerca de la decisión que se ha de tomar en Worms. También figuran en aquellos escritos los principales adversarios de Lutero, cuyos nombres aparecen ridículamente torcidos y asemejándolos á animales. Se representa á Hutten en un grabado arrastrando atados á la cola de su caballo al Papa y á los cardenales; y en otro grabado, que quiere dar idea del triunfo de la verdad, está figurado Cristo en carro triunfal y á pié á cada lado Lutero y Carlstadt. Desde el año 1521 se representa á Lutero con el mismo colega suyo de Wittenberg como antes á veces se le representaba en compañía de Erasmo y de Hutten. En gran número de otros escritos se trata principalmente del Papa como del verdadero Anticristo, mostrando el contraste entre el Salvador y su vicario; á un lado la corona de espinas, á otro la tiara: el lavatorio de piés por una parte y por otra los monarcas que besan el pié del Papa; el niño Jesús en el pesebre y el Papa armado de hierro empuñando una alabarda. Varióse este tema de mil maneras; se escribió el llamado «librito del Dios antiguo y moderno;» se publicó otro que comparaba al sacrosanto padre y señor Papa con el huésped extravagante llamado Jesús; en otro libro se daba cuenta de una correspondencia entre Lucifer y Leon X, y en otro se representaba al Papa celebrando consejo de guerra con sus cardenales y conduciendo después á sus soldados suizos con el santo y seña (prebendas y mujeres hermosas) contra el cielo para tomarlo por asalto. En

ningun escrito se expresó mejor este tema que en los dos sainetes carnavalescos escritos por el inteligente pintor Nicolás Manuel en el año 1522 y que fueron representados «con gran fruto» públicamente en Berna el martes de carnaval, en cuyo día se hizo por las calles una gran mofa de las indulgencias pontificias. El primer sainete se asemeja á una poesía hecha y publicada por el impresor Gengenbach de Basilea, y presenta al Papa bajo el nombre un poco modificado de Anticristo con su corte, el cardenal Anselmo de Soberbia, el obispo Crisóstomo Estómago de Lobo, el chantre Sebastian Desollador de Muladar y otros representantes del clero que viven de los muertos, es decir, que sacan dinero de la gente laica con el miedo del infierno y del purgatorio. El clero en este sainete se va lamentando cada vez más del cambio que se ha operado en los campesinos, los cuales á cada paso piden que se les muestren los pasajes de la Sagrada Escritura que autorizan las exigencias clericales. A este fin sacan del seno el Nuevo Testamento, oponiendo sus lecciones á las demandas del clero, representado por un abad llamado Adan Insaciable, que lleva un tren de doce caballos y que además tiene que mantener y colocar conforme á su clase siete hijos. El apóstol San Pedro, que figura entre los espectadores, no sale de su sorpresa al contemplar con el anteojo á su sucesor, diciendo: «A éste no le conozco; no debe de tener piés, porque veo que se hace llevar en hombros.» En el segundo sainete se presenta á Cristo montado en un asno seguido de pobres lisiados, mientras el Papa marcha á la cabeza de todo su ejército y de su guardia suiza con sus trompetas, tambores y pífanos, como si fuese «el gran sultán.» El mismo autor muestra todavía más su humor satírico en un diálogo posterior en el cual llega al Papa un mensaje quejándose de que la misa de las ánimas está enferma, va á morir y está rodeada de gran número de doctores que quieren llevarla al purgatorio para darle calor y vida; pero resulta que los campesinos, habiendo echado agua bendita en el purgatorio, lo han apagado; y entonces no saben los doctores qué hacer, porque dicen que hasta entonces la misa de las ánimas ha vivido del purgatorio como el pez vive del agua. Uno de ellos pide que traigan á Nuestro Señor, pero el que han enviado por él vuelve y dice: «Señor doctor, no puedo alcanzarle, pues está sentado en el cielo, á la derecha de Dios, y tiene la tierra por escabel.» Los doctores dicen al mensajero que tome á Dios y le baje á la tierra; pero el mensajero contesta que es demasiado pequeño para alcanzar á tanto. Finalmente se marchan los doctores y dicen: «Si muere en nuestra ausencia, diremos que los campesinos la han muerto.»

Es muy digno de notarse que los suizos prestaron grandísimo apoyo á la reforma religiosa en aquel período de tribulación, como que en general la gran masa de aquellos escritos fuese dada á luz en el Mediodía de Alemania, donde estallaron también las revueltas de los campesinos. La importancia de la literatura popular estriba en que dice al pueblo lo que al pueblo le gusta más oír; y en el ejemplo presente nos enseña claramente los sentimientos que el pueblo bajo y sobre todo los campesinos del Mediodía de Alemania abrigan con preferencia respecto del movimiento eclesiástico. Los sermones y los escritos populares tomaron las tendencias que al pueblo agradaban, y que lisonjaban sus pasiones. El rencor antiguo ya y justificado contra una clase privilegiada y profundamente desmoralizada, encontró en esta literatura abundante alimento para desarrollarse hasta la ferocidad fanática. Las formas antiguamente veneradas del culto, la superabundancia de adornos eclesiásticos, el simbolismo y la parte artística de la antigua Iglesia, las reliquias y el agua bendita excitaban el disgusto del pueblo y

movieron á risa; y así se dice en un escrito hablando de los sacerdotes en el acto de la misa, que «hacen muchas veces la señal de la cruz, estiran los brazos y ejecutan las muecas mas estrambóticas ante el altar, como si quisiesen entregarse á una danza moruna.» Otra hoja volante, publicada en el verano de 1521, representa al caballero Sickingen ilustrando á los campesinos en el sentido de los husitas-taboritas respecto de la Iglesia y de su purificación, diciendo: «Todos formamos la Iglesia, sin que uno sea mas que el otro; por

manera que nosotros, los llamados seglares, debemos elegir con ellos á los obispos y párrocos.» Luego declara imposible una reforma pacífica del clero y proclama como necesario y urgente el exterminio de los malos pastores, imitando el ejemplo de Ziska, que no era tonto, y destruyendo como él los nidos, á saber, las iglesias y conventos; porque Dios quería ser adorado en espíritu y en verdad y no en iglesias de piedra y de madera.

El tono de este escrito es todavía muy moderado si se com-

Von dem grossen Lutherischen Narren wie in doctores Murner beschworen hat, &c.



Facsimile de la portada de la obra de Murner: *Del gran necio Lutero* (año 1522)

para con las expresiones del fraile franciscano Eberlin de Gunzburg. Este predicador popular, original y honrado, se había atraído á varios hermanos de la orden tercera, y nos manifiesta en sus escritos claramente la impresion inmensa que producía entonces el movimiento eclesiástico. Contempla con horror la figura de la madre Iglesia, que le parece en adelante la meretriz babilónica; todo lo que fué venerando y sagrado se trueca en lo contrario, pero conserva el antiguo hábito eclesiástico de la intolerancia, que se dirige á la sazón contra la misma Iglesia. En el año 1521, Eberlin, expulsado del convento de franciscanos de Ulma, publicó sus *Quince aliados*, que son una serie de otros tantos escritos acerados, de los cuales el primero se dirige á Carlos V para recomendarle á Lutero y Hutten, «los dos mensajeros de Dios y los mayores amigos del emperador y de la verdad.» Pasa luego

á describir el sistema romano de saqueo y de extorsion, diciendo entre otras cosas que segun su cálculo perdía Alemania anualmente con motivo de la silla de San Pedro 300,000 florines, y por medio de las cuatro órdenes mendicantes mas de un millon. Conviene decir aquí desde luego que en los escritos de Eberlin se mezclaba el radicalismo eclesiástico con el social y político. Tanto en los *Quince aliados* como en los escritos siguientes se exaspera contra la Iglesia y sus compañeros y colegas anteriores (los cerdos de convento), cuyo número calcula en Alemania en 24,000 y en toda la Europa en 400,000; diciendo que son haraganes privilegiados y soldados del diablo; que se les debe hacer trabajar á la fuerza ó arrojarlos del país, porque el pobre pueblo que va á oír de ellos la palabra de Dios recibe en lugar de ella veneno é inmundicias infernales, mientras ellos engordan con

el trabajo y sudor populares. «Así, pues, fuera con ellos.» San Francisco, dice, fué un necio ó un tunante; los llamados santos han sido con bastante frecuencia los reclamos del diablo, y la embustería de los santos de los frailes mendicantes no acabará hasta que los labradores ahorquen y ahoguen un día á buenos y malos. El hombre del pueblo estaba contra el clero y por lo mismo, dice Eberlin, hablando de clérigos, se trata de hombres impíos, desalmados, hartos y perezosos, avaros, pendencieros, licenciosos y adúlteros, «tanto que

casi no me atrevo á mostrar mi tonsura.» A los habitantes de Ulma dice que valdria mas que ahogasen á sus hijos en la cuna antes de hacerles entrar en un convento; les aconseja que derriben todas sus iglesias marmóreas para construir con las piedras un hospital bien aireado ó casas para los pobres; y expresa el deseo de que se prohíba la enseñanza de otras oraciones que no sean la dominical, bajo la pena de perder la cabeza. No era esto muy propio para calmar la excitacion del pueblo, si bien combatia tambien por otro lado

Den buntschuch schmieren. Wie der luther den buntschuch schmirt/ das er den einfaltigen menschen angenehm bleib.



Ich wolt mein heer gern wol versehen
Das uns kein mangel möcht beschehen

«Lutero engrasando el zapato de la alianza.» Facsimile de un grabado de la obra de Murner: *Del gran necio Lutero*

los excesos de los protestantes. Un escrito contiene un verdadero catecismo del exterminio del clero en treinta artículos, para cuya observancia se unen un labriego y dos caballeros que declaran al Papa Anticristo, á los cardenales y curiales apóstoles del diablo, á los frailes y monjas hipócritas, y á los clérigos seglares de su época, tunantes licenciosos y no padres espirituales. Prometen los socios no dar ya un maravedís para objetos eclesiásticos, degollar á todos los cortesanos de Roma como perros rabiosos, aporrear y pisotear sin consideracion á los clérigos que lo merezcan; arrojar á todo fraile mendicante que les pida un queso, una piedra de cuatro libras; azuzar contra todo secretario curial los perros y arrojarles inmundicias; cortar las orejas á todo sayon que se presentase con una citacion del tribunal eclesiástico ó con

carta de excomunion y arrancarle los ojos en caso de reincidencia. Robar á un clérigo avaro no era pecado, segun este catecismo, el cual concluye con una declaracion á favor de Lutero, y asegurando que los conjurados obraban solo en pro de la verdad divina, de la fe cristiana y de la patria, y que en todo aquello creían proceder cristiana y honradamente.

No se limitó la agitacion á los escritos, sino que tambien hubo grandes tumultos, como los de los estudiantes y del pueblo en Erfurt en los meses de abril, junio y julio de 1521, en que los enemigos del clero se dirigieron contra las moradas y la propiedad de los clérigos. En algunos puntos empezó el pueblo campesino por negarse á toda prestacion eclesiástica, tanto que gente como Muciano, el jefe de los humanistas de

Erfurt, cayó en la mayor pobreza. Cuantos estaban relacionados con la Iglesia, ya por convicción, ya por intereses materiales, se dieron por advertidos. Erasmo avisó en este sentido á sus amigos confidencialmente, despues de verse celebrado en los escritos revolucionarios y de ver publicados por Eberlin en sus *Quince aliados*, en lengua alemana, sus mas acerados ataques, sacados de su *Elogio de la locura*. Creyó que el pueblo, despues de haberse echado sobre el clero, atacaria á todos los que poseían y dominaban.

Entre los partidarios militantes contra Lutero y los suyos figuró en primera línea el fraile franciscano Tomás Murner, natural de Alsacia, hombre instruídísimo, que habia traducido al alemán la *Eneida* y las *Instituciones*, y escrito manuales de jurisprudencia y de lógica en forma de juego de naipes, sin contar las polémicas que habia sostenido. Este fraile y poeta laureado, antes el juez mas severo y sarcástico de la corrupcion eclesiástica, entró en la lucha contra la revolucion con una traduccion de *la cautividad de Babilonia, de Lutero*, siendo ya acreditado como satírico excelente por otras obras que habia publicado. Contra Murner se encarnizaron sus adversarios sin misericordia; mas á pesar de esto, estuvo á mucha mayor altura que el ambiguo Cochlaeus (Juan Dobeneck, natural de Wendelstein), que, á pesar de su amistad con Pirkheimer y Hutten, se dedicó en Roma á la caza de prebendas, y tambien que Jerónimo Emser, otro pseudo-humanista y secretario de Jorge de Sajonia. En general, no hubo entre todos estos defensores mas notables de la Iglesia antigua y «azotes de Lutero» ningun carácter completamente puro, como Geiler de Kaisersberg, Heynlin de Stein ó Alejandro Hegius; pero de seguro debieron de representar la convicción de muchos al calificar la obra de Lutero de obra de destruccion y á Lutero de Catilina sajón. Sin embargo, todos eran al mismo tiempo partidarios de una reforma en la constitucion de la Iglesia, pues por lo menos Murner y Emser estaban muy distantes de participar ciegamente del modo de ver de Roma; deseaban la reforma, pero realizada por el emperador ó por un concilio, y reconocian las faltas gravísimas del clero. Así se expresa Murner en uno de sus escritos: «Debo decir la verdad; nosotros tenemos la culpa, pues las indulgencias les arrancan quejas que seducen mucha gente.» Pero aun así, no ven justificada la ruptura de Lutero con la Iglesia, y al propio tiempo manifiestan á cada paso el temor de que la destruccion de la autoridad eclesiástica se extendiera á todo el órden existente. En un pasaje dice Murner que la sociedad habia perdido su asiento y que probablemente el porvenir traería discordias, sublevaciones y asesinatos; en una palabra, la liga del zapato (la sublevacion de los campesinos). A pesar de todo, este fraile conserva su buen humor y se muestra dispuesto á reirse de la gente, disposicion que era en él una segunda naturaleza; pero su sorna y sus sátiras no tienen el sonido de antes, sino que al través de ellas se oyen el sarcasmo de la indignacion y el grito de la pasion, como se ve en su obra mas notable del año 1522, titulada: *El libro del gran necio Lutero conjurado por el doctor Murner*. La inmundicia que en esta obra arroja sobre sus contrarios, la boda del fraile con la hija de Lutero y la muerte del gran Tonto, cuyo capirote se adjudica al final el poeta, todo esto hace pensar á veces en Rabelais. El fondo y sustancia de toda la obra consiste en la alianza de Lutero con la revolucion, y presenta á Lutero, armado de piés á cabeza, pidiendo como capitán obediencia á sus guerreros, y untando el zapato de la alianza á fin de que llegue á ser apetecible para el hombre del pueblo y le haga venir el agua á la boca, «como si fuera vino moscatel, miel ó azúcar.» Enarbola tambien las banderas del Evangelio, de la libertad y de la verdad, y tocante á la igualdad dice: «Pues

Cristo nos ha libertado á todos, ninguno debe envidiar al otro; todos somos curas, nobles é iguales, y ya que todos somos hijos de un solo padre, del cual somos tambien herederos, dividiremos su herencia por igual entre todos.»

Es muy necesario valerse de estos testimonios directos para formar idea de la agitacion de toda una nacion; y no basta conocer las tendencias dominantes que la impulsan, tambien es menester conocer y examinar su forma, que de ningun modo es indiferente en estos movimientos. Esta literatura popularísima, creada para las circunstancias, lleva indudablemente el sello de un período revolucionario, cuya esencia y carácter revela con mucha mayor claridad que las expresiones mas íntimas de los jefes políticos y eclesiásticos. Una voz, sin embargo, continuó levantándose bastante poderosa para hacerse oír al través del rugido de la tempestad que se iba acercando. Era la de Lutero, reconocido como adalid de la revolucion tanto por los amigos como por los enemigos; y Lutero no pudo menos que contestar al llamamiento que se le dirigía desde ambos campos.

Desde el 4 de mayo de 1521 se hallaba Lutero, bajo el nombre de «el caballero Jorge», en el castillo de Wartburg, cerca de Eisenach. Durante bastante tiempo su mismo soberano, el elector de Sajonia, y el duque Juan ignoraron su retiro, estando tan bien guardado el secreto, conocido tan solo de los secuestradores, del comandante del castillo, de Spalatio y de dos colegas de Wittenberg, que todavia en el año 1549 Cochlaeus creía que Lutero habia estado oculto en el castillo de Alstedt. Se comprende que Federico el Sabio quisiera ignorar el retiro de Lutero para en caso necesario poder confirmar su ignorancia con juramento, pues de todos modos era correr un gran riesgo haber salvado y dar luego asilo á una persona declarada fuera de la ley; y aunque el peligro no era tan grande mientras Carlos V se hallase ausente de Alemania, el elector no podia contener á su protegido dentro de los límites que le imponía la prudencia.

Lutero se conformó con su nueva vida, si bien de mala gana, porque la monotonía y ociosidad eran para él una durísima prueba, y por otra parte no le probó al principio la alimentacion abundantísima, á la cual no estaba acostumbrado. Una vez escribió á Spalatio que «estaba sin hacer nada, ocioso y achispado;» pero en realidad lo que le molestaba era el exceso del trabajo literario, que solo interrumpía de cuando en cuando con una cacería ó excursion á caballo. Para consolarse miró su reclusion como enviada por Dios, segun dijo en una carta dirigida á Spalatio pero destinada á ser publicada entre sus contrarios, para hacerles perder la pista y que creyeran que Lutero se hallaba en Bohemia. Tambien procuró acostumbrarse á la idea de no volver mas á Wittenberg y de concluir su vida en el castillo elevado en la cumbre de una montaña, «en un desierto, en la región de los pájaros, cuyo canto le regocijaba en su soledad.» Su imaginacion continuó, sin embargo, ocupada con la idea de su mision; siempre vió ora la Iglesia humillada, ora el Anticristo de Roma; hasta en una caza de liebres se figuró ver al diablo que con sus perros, los impíos obispos y teólogos, iba á la caza de las miserables almas. En su estancia creyó oír al diablo hacer ruido, y aun se enseñaba, en aquel mismo castillo y aposento que ocupó, una mancha de tinta en la pared, la cual segun se dice, por supuesto erróneamente, fué hecha por Lutero, que en un momento de alucinacion creyó ver al diablo y le tiró el tintero. Sabido es que Lutero tenia costumbre de atribuir hasta las pequeñas vicisitudes de la vida y de su estado corporal á la intervencion directa del cielo ó del diablo; pero aun en su reclusion su robusta salud le impidió dejarse dominar por semejantes ilusiones y mucho menos su-

ponerse consagrado y protegido como un sér sobrenatural, si bien se creyó instrumento de Dios y enemigo personal del diablo. Decía que escribiendo se defendía contra la soledad y evitaba «podrirse en vida,» y cuando estaba cansado de escribir estudiaba el Antiguo y el Nuevo Testamento en los textos originales; por lo cual, en lugar de hacerse en aquel castillo un alucinado, se ocupó en traducir la Biblia, cuya grande obra, que empezó en el año 1521, dijo que era superior á sus fuerzas. En su carta á Amsdorf le decía que la traduccion de la Biblia era obra que interesaba al bien general y que por lo mismo todos debían contribuir á ella. Era, en efecto, una obra necesaria, porque las traducciones alemanas que hasta entonces corrían, segun hemos dicho al principio, eran traducciones de la Biblia latina y estaban hechas tan torpe y literalmente, que no podían satisfacer al espíritu sediento de religion del siglo xvi. Antes se habia expresado frecuentemente el deseo, sin creer verlo realizado nunca, de que todo cristiano pudiese leer la Sagrada Escritura directamente, lo cual entonces se habia hecho una obligacion ineludible para todo partidario de la reforma de la Iglesia. Ya desde el año 1517 habia empezado Lutero á dar á conocer pasajes sueltos de la Sagrada Escritura, por medio de sus interpretaciones, á todos los «amados miembros de Cristo y en primer lugar á sus queridos y rudos sajones.» En una de las defensas de su doctrina que escribió poco antes de su viaje á Worms, dice que cada uno se explicaba la Biblia directamente con mas facilidad y seguridad, porque la entendían hasta los mas simples, y que debían dejarse á un lado todos los demás libros para meditar noche y dia sobre la ley del Señor. Cuando empezó la obra escribió á su amigo Lang diciéndole que convenia que cada ciudad tuviese su traductor de la Biblia. Este Lang habia publicado en el verano de 1521 en lengua alemana el Evangelio de San Mateo, y otros sabios se ocuparon entonces en vertér al alemán trozos sueltos de la Biblia; pero ninguno de los contemporáneos de Lutero habia podido dar á su nacion lo que él le dió con su energía y genio lingüístico, en un penosísimo trabajo hecho en largos años de dura lucha, trabajo que á pesar de sus componentes tan diversos parece hecho de una sola vez, y no obstante su origen oriental, haber brotado espontáneamente del suelo alemán. La obra, segun se expresa Guillermo Scherer, es un código imperecedero y principal de la lengua alemana, pues que Lutero quiso hacerse comprender igualmente por los alemanes del Mediodía y del Norte y con este trabajo realizó la union lingüística de Alemania, ciudadela perdurable en medio de la division política y religiosa del imperio. Por eso con mucha razon Jacobo Grimm ha llamado al alto alemán moderno el dialecto protestante del alemán.

En el año 1534 estuvo concluida la primera edicion de toda la Biblia; pero el Nuevo Testamento y otras partes sueltas del Antiguo habian dado lugar ya á mas de ciento cincuenta ediciones, ya de Wittenberg, ya en su mayor parte ediciones de otras imprentas, pues entonces ninguna ley prohibía semejantes reproducciones sin permiso del autor ni del editor. Lutero, que sin embargo no admitió jamás ninguna paga por sus escritos, pudo calificar con razon á los impresores plagarios llamándoles ladrones y salteadores; bien que esta falta de proteccion de la propiedad no perjudicó, sino que muy al contrario fomentó la rápida propagacion del trabajo del reformador. El Nuevo Testamento, traducido en el término de tres meses poco mas ó menos y limado despues en Wittenberg por los amigos de Lutero, salió á luz el 21 de setiembre de 1522, pero sin el nombre de Lutero; y á pesar de ser numerosa la edicion y de otra edicion plagiada en Basilea, fué menester publicar otra en Wittenberg en diciembre del mismo año. El impresor de Basilea tradujo en su edicion

los términos extranjeros de Lutero al alemán del Mediodía; y en el año 1533 se publicó la Biblia de Lutero vertida al dialecto alemán del Norte. A pesar de esto, venció el nuevo dialecto alemán literario. Lutero habia declarado que tomaba por norma de lenguaje la lengua oficial ó cancelleresca sajona; pues desde el siglo xiv la cancellería imperial primero y despues las cancellerías de los príncipes y de las ciudades habian introducido una clase de alemán general para la correspondencia oficial, á cuyo fin se habia hecho una mezcla de elementos del alemán del Norte y del centro. Lutero no se dejó influir ni por este alemán cancelleresco, en no pocos conceptos lastimosos, ni por las anteriores traducciones de la Biblia, que consultó principalmente para su Nuevo Testamento. Creyó que solo podia dar vida y calor á su lenguaje adoptándolo á sus observaciones del trato diario, de la madre en su vida doméstica, de los niños en la calle y del hombre del pueblo en el mercado, pues que no podia servirse de términos usados en los palacios y cortes en un libro que, segun su expresion, se publicaba para que el hombre sencillo del pueblo saliera de su antiguo error y fuera conducido por el camino verdadero.

Al entregar de esta manera la palabra de Dios al pueblo, no pretendió ser infalible ni en la traduccion ni en la interpretacion, ya que respecto de la última en adelante cada cristiano podia prescindir de todas las interpretaciones, tanto de Lutero como de los demás maestros, y atenerse á la suya propia. Si por un lado Lutero no quiso dar una interpretacion definitiva de la Sagrada Escritura, por otro lado formó atrevidos juicios acerca de algunos libros de la Biblia sirviéndole de piedra de toque de su bondad, en concepto evangélico apostólico, la cuestion de si estaban ó no de acuerdo con la doctrina de Jesus acerca de la salvacion; y siempre que le pareció que faltaba este acuerdo, siguió el principio de defender á Cristo aun contra la Sagrada Escritura. De ahí resulta el hecho singular de que Lutero, en medio de la lucha por la palabra de Dios contra todo saber humano, rechazó, sin embargo, con la mayor libertad la epístola de Santiago por ser «paja». En la epístola á los hebreos encontró «un nudo duro» y niega toda inspiracion divina al Apocalipsis, diciendo que cada uno podia creer lo que quisiera, pero no era libro segun su espíritu. Justamente lo que mas le repugnaba en el Apocalipsis era la multitud de visiones que lo llenan, lo cual cabalmente habia dado á este libro desde siglos una popularidad inmensa, y en el mismo Nuevo Testamento de Lutero estaba ilustrado con gran número de grabados en madera que probaban la aficion dominante, entonces como antes, á todo lo fantástico, á pesar de la crítica del traductor.

La osadía de que dió pruebas Lutero en su traduccion é interpretacion de la Sagrada Escritura aumentó la indignacion de sus adversarios, si bien Emser y Eck y otros traductores católicos de la Biblia no titubearon en copiar con pocas modificaciones el «lenguaje alemán tan bueno y tan dulce» del hereje. Hasta el duque Jorge dijo un dia: «Así tradujera este fraile toda la Biblia al alemán y se fuese despues á donde debe ir.» Para no ser injustos con el reformador, tan poderoso y á veces tambien tan absoluto, debemos recordar las durísimas luchas en que conquistó y mantuvo aquel poder. Respecto de esto escribió en noviembre de 1521 á los agustinos de Wittenberg: «¿Cuántas veces me ha temblado el corazón y me ha presentado el argumento mas fuerte de mis contrarios, á saber: ¿Eres tú el único sabio? ¿Es posible que todos los demás se equivoquen y que se hayan equivocado durante tan largo tiempo? ¿Y si tú te equivocases é indujeses á error á tanta gente que luego fuesen condenados por toda la eternidad? Finalmente me ví fortificado y animado con la palabra de Cristo, la única cierta, y desde entonces ya no ha